

LITERATURA Y TERRITORIO. LA NARRATIVA DE FICCIÓN EN LA FRONTERA MÉXICO-BELICE

Por Martín Ramos Díaz

La novela corta de una larga guerra.

Un recorrido por la narrativa de ficción con temas de la identidad quintanarroense pude partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando el territorio federal fronterizo ni siquiera existía jurídicamente. Y de ese itinerario en el que autores decimonónicos novelan una prolongada guerra entre indios y criollos, la guerra de castas de Yucatán (1847-1901), se desprende que los oficios que conducen a la escritura literaria tienen los nombres de las ocupaciones protagónicas de la época: la milicia, la medicina, la abogacía, el sacerdocio, el periodismo.

Para José Severo del Castillo fue la milicia el camino que lo llevó a redactar una novela. Sus recuerdos de los años de campaña en Yucatán, como enviado de Maximiliano de Habsburgo para combatir a los mayas sublevados, fueron la bisagra que le permitió alternar el campo de la ficción con la dura realidad salobre y húmeda de la cárcel en Veracruz. Cambiar pluma por sable fue un asunto de circunstancia, más que de voluntad, de permanecer prisionero en San Juan de Ulúa sin caballo y sin sable, pero con imaginación y con pluma. Militar en el México del siglo XIX, Severo del Castillo fue enviado en una ocasión por el presidente Ignacio Comonfort a combatir contra un grupo de conservadores. En lugar de obedecer las órdenes, Severo del Castillo se pasó al bando enemigo: el presidente Comonfort perdió de ese modo a un buen general y a todo un regimiento.

Años después, cuando Maximiliano de Habsburgo fue el emperador de México, Severo del Castillo reapareció como jefe del Estado Mayor. Más tarde fue enviado a Yucatán como general de las tropas imperiales que combatieron a los indígenas durante la guerra de castas. Por aquella época, fungió también como escolta de Carlota en el viaje que la emperatriz hizo a Mérida. No por casualidad en la novela histórica de Victoriano Salado Álvarez, *La intervención y el imperio*, Severo del Castillo figura como uno de los generales más aguerridos de Maximiliano. De los viajes y la permanencia en Yucatán a Severo del Castillo le quedó el recuerdo de la furia con la que combatían los mayas y de la luminosidad deslumbrante del paisaje del sureste mexicano. A la caída del imperio de Maximiliano, Severo del Castillo fue a dar con todo y sus recuerdos a la cárcel de San Juan de Ulúa. En esa prisión de Veracruz, en la que Benito Juárez lo confinó, escribió *Cecilio Chi* (Editorial del Sureste, 1868), una breve novela.

Cecilio Chi fue el dirigente maya que inició la guerra de 1847 en contra de los yucatecos. La guerra de castas en Yucatán desatada por Cecilio Chi se prolongó hasta 1902, un conflicto de más de medio siglo, y fue el origen de la creación del territorio federal de Quintana Roo. ¿Es entonces la novela de Severo del Castillo la obra literaria inaugural de la ficción en Quintana Roo?

A la novela de Severo del Castillo le precedieron al menos dos trabajos de ficción: una escrita por Manuel Sánchez Mármol, *La venganza de una injuria. Novela episódica de la Guerra de Casta* (Album Yucateco, 1861), en la que también aparece el jefe maya Cecilio Chi como personaje. Otra firmada por Napoleón Trebarra, *Los misterios de Chan Santa Cruz. Historia verdadera con episodios de novela* (Imprenta de M. Aldana Rivas, 1864), ambientada en el cuartel general de los rebeldes, en el aislado

sitio ceremonial de la cruz parlante y refugio de los indios combatientes. Bien podemos decir que durante la segunda parte del siglo XIX la novela corta o el cuento largo regional estuvo alimentado del problema local más desbordante: la guerra entre mayas y criollos de Yucatán. El ciclo decimonónico de novelas breves cierra con el trabajo literario de Bernardo Ponce, publicado a fines de la década de 1890, titulado *Los Héroes de Tihosuco. Episodio de la guerra social* (Obras de Bernardo Ponce Font, Imprenta de V Aguerus, 1903).

Los del siglo XIX son autores con un circunstancial tránsito por la geografía del actual Quintana Roo. Severo del Castillo, ya lo hemos dicho, fue un militar de Maximiliano enviado a la región. Napoleón Trebarra, el autor de *Los Misterios de Chan Santa Cruz*, fue un comisionado del gobierno yucateco que emprendió pláticas de paz con los jefes mayas en aquellos años. Trebarra no consiguió ningún tratado de paz con los indios en la década de 1860, pero a su retorno a Mérida llevó una obsesión que transformó en novela. Ernesto Morton, quien escribió *Nati Pat. Episodio de la guerra de castas* (Imprenta del estado de Yucatán, 1893), una novela corta, fue un médico al servicio de las tropas que combatían en diferentes sitios a los insumisos mayas: atendía a los heridos de guerra, en su mayoría cercenados por machete, expedía remedios para las enfermedades tropicales que hacían estragos en la tropa y, de vez en vez, cuando el ocio lo permitía, redactaba ficciones alimentadas por el delirio de sus soldados moribundos que aún en el lecho del hospital del campamento se sentían perseguidos por el mortal machete de los indios. El doctor Morton en sus andanzas debió bajar hasta la bahía de Chetumal: su breve novela de 1893 tiene un vívido pasaje de una tormenta en la bahía de Chetumal y el nombre de su relato de ficción, *Nati Pat*, es el de una hija de Jacinto Pat, otro jefe maya de la rebelión de 1847.

Marcelino Dávalos, el joven abogado de Jalisco que vino como empleado del general Ignacio Bravo, es el primero de la nueva generación de narradores que arribaron en el inicio del siglo XX al nuevo territorio fronterizo federal. Los cuentos de Dávalos son un itinerario por la geografía del recién nacido Quintana Roo; sus relatos ambientados en Campamento Vega, Chachcoben, Xcalac o Chan Santa Cruz fueron producto de media década de vecindad en esa especie de colonia penal o sitio de destierro en que se convirtió Quintana Roo durante la época de Porfirio Díaz. Su narrativa quintanarroense, obras de teatro y relatos, fue publicada bajo el título *Carne de Cañón* (Talleres Gráficos de la Secretaría de Fomento, 1916). Vino después Luis Rosado Vega con su *Claudio Martín, la vida de un chiclero* (Ediciones S.C.O.P, 1938), Bernardino Mena Brito con *Paludismo o la Revolución en la selva* (Editorial Botas, 1940) y Juan de la Cabada con la intención de escribir una novela sobre chicleros, pero que terminó escribiendo relatos. A ellos volveremos en la última parte de este artículo.

El drama de los desterrados del porfiriato.

La obra teatral de Marcelino Dávalos en Quintana Roo puede resultar poco atractiva para el lector contemporáneo. Pero valorado desde una perspectiva histórica, el teatro y los cuentos del joven Dávalos son propiamente el inicio de la literatura quintanarroense, la que se escribió a los pocos años de que esa entidad fue creada jurídicamente. Nos detendremos en algunos pasajes de la obra dramática y de los relatos del jalisciense que permiten imaginar el modo de vida en algunos lugares de Quintana Roo a inicios del siglo XX, antes de que la Revolución Mexicana transformara al país.

Marcelino Dávalos Vázquez (1871-1923), un dramaturgo y abogado de Jalisco, fue enviado al Territorio de Quintana Roo en 1903 como castigo por haber escrito y puesto en escena una obra teatral en la que crítica a la sociedad porfiriana. Su destierro, en calidad de empleado del gobierno federal en el juzgado civil del territorio, luego como agente de tierras nacionales, duró más de una década y en esa circunstancia conoció el efímero destino de Campamento Vega, la primera capital de Quintana Roo.

Campamento Vega fue construido, y luego desmantelado, frente a la Bahía de la Ascensión, en un punto llamado Vigía Chico. De breve y blanca presencia, todas las fachadas de las casas de madera fueron pintadas de blanco, la primera capital del territorio señaló con su emplazamiento dónde estaba el futuro desarrollo del nuevo territorio: en la costa, frente a la mar. Las casas y calles de ciudad Gaviota, alineadas con el horizonte marítimo, se levantaron casi al mismo tiempo que las de Payo Obispo, otro campamento que funcionaba como aduana marítima en la bahía de Chetumal. La aduana de Payo Obispo, tres lustros más tarde, se convirtió en la tercera capital de Quintana Roo y con el tiempo tomó para sí el nombre de la bahía cuya brisa refrescaba el pórtico de sus casas.

La narrativa de Dávalos bautizó a Campamento Vega como ciudad Gaviota: al escritor le pareció que aquel solitario alineamiento de casas blancas era una gaviota posada entre el verdor de la selva y el azul del mar. Marcelino Dávalos vino a Quintana Roo en los años de la estéril disputa por el dominio de la jefatura política de la nueva entidad. Dos ramas de las fuerzas armadas del porfiriato pugnaban por dirigir el nuevo territorio federal: el general José María de la Vega, de Marina, y el general Ignacio Bravo, del Ejército. El primero, un militar culto, dio al territorio una razonable

organización administrativa, incluyendo gobiernos municipales, escuelas y unidades sanitarias elementales. El segundo, un experto artillero, acostumbrado más a pacificar territorios que a dotarlos de proyectos de desarrollo, persiguió y diezmó a los mayas insurrectos e hizo de Chan Santa Cruz un lugar de destierro, una colonia penal a la que llegaron huelguistas de Río Blanco (Veracruz), agraristas de Morelos y, en general, enemigos del régimen de aquellos años, además de ladrones y homicidas comunes.

De su arribo y permanencia en Campamento Vega en 1903, el joven dramaturgo de Jalisco escribió una obra de teatro: *La gaviota muerta*. La pieza es una alegoría del desmantelamiento de Campamento Vega, simbolizado por la muerte de una blanca gaviota en las garras de un negro buitre. En la vida real, el general Bravo ordenó desmantelar Campamento Vega, matar a ciudad Gaviota, y llevarse la capital de Quintana Roo selva adentro, a Chan Santa Cruz.

Campamento Vega desapareció como primera capital de Quintana Roo y Vigía Chico sobrevivió como un mero muelle, un punto de desembarque en el camino al cuartel de Santa Cruz de Bravo. El enfrentamiento de dos ramas de la milicia porfiriana, de dos visiones sobre cómo poblar una región y de los lugares apropiados para establecer poblaciones es el contexto de *La gaviota muerta*, la pieza teatral de Dávalos. En ese primer drama quintanarroense, los arrecifes, las olas, la gaviota y el buitre son los *dramatis personae* que, como la cruz parlante de Chan Santa Cruz, poseen el don de la voz y dialogan sobre la confrontación entre el buitre y la gaviota, entre Bravo y De la Vega. Oscuridad y alba teatral, sin puntos intermedios, que arroja la primera piedra sobre futuro desprestigio de Bravo, sobre la futura leyenda negra del anciano general que derrotó a los mayas.

Escrita en 1908, sobre las ruinas de la primera capital de Quintana Roo, *La sirena roja*, otra obra dramática, denuncia el exilio de los enemigos del régimen de Porfirio Díaz en el lejano territorio federal. *La sirena roja* es teatro alegórico de Marcelino Dávalos, como *La gaviota muerta*. Pero esta vez los parlamentos de los personajes son explícitos alrededor de la transformación de Santa Cruz en colonia penal. Las duras condiciones del lugar, las enfermedades y el régimen de trabajo eran prácticamente una condena a muerte: los prisioneros que entraban por Vigía Chico difícilmente salían por ese muelle. La sepultura fue la puerta más común para salir de la colonia penal quintanarroense. Los guiones teatrales de Dávalos, igual que sus cuentos de esta época, se tejieron con las historias de esos personajes desterrados de sus ciudades y condenados a morir en el trópico mexicano.

Su primer cuento escrito en Quintana Roo está fechado en 1903 y se llama *Por una carta*. La historia se desarrolla totalmente en Campamento Vega y es el relato de un grupo de prisioneros que reciben la orden de desmantelar la primera capital de Quintana Roo: “¡Destruir la población!... ¿no suena raro? Destruirla, sí, como suena; pues el jefe de la Zona, favorito del Gobierno, había conseguido, para demostrar su omnipotencia al jefe caído, destruir el poblado. ¡Adiós la simpática ciudad blanca; la gaviota, como todos le decían! Vista desde alta mar, semejaba un ave de nieve dormida junto a la playa. Y allí fue de golpe y porrazo arrancar madera y láminas cuyo importe había sido de miles de pesos, pero era lo de menos. Y como el jefe decía, haciendo trotar sobre la arena su cuerpecillo canijo: `No dejaré ni yerba`...” (Dávalos, 1916: 8).

El de “cuerpecillo canijo” es el del viejo general Bravo. El relato recrea los últimos días de Campamento Vega y describe cómo la tropa, sus familias y el grupo de

personas en el lugar giran en torno a la llegada del barco que esporádicamente llega al muelle con noticias, nuevas órdenes para el campamento militar y más prisioneros. El cuento se centra en una anciana que todos los días espera carta de su hijo: acompañada de un niño, la anciana aguarda cada día en el muelle noticias del hijo ausente, un soldado comisionado a una averiguación en una central chiclera (Leona Vicario) donde unos catorce trabajadores se rebelaron contra los capataces. Los chicleros insubordinados aparecen muertos en la selva, apaleados por los propios capataces. El tema dominante del cuento es la eterna espera de la anciana que nunca recibe carta del hijo ausente.

Otro relato, escrito en 1905, *La tarea*, narra parte de las ocupaciones de los prisioneros: abrir caminos en plena selva, construir muelles con roca sacada del fondo marino de la bahía, levantar casas y oficinas de la milicia. En *La tarea* un grupo de hombres debe ampliar una ruta en la selva. De ciento seis trabajadores que comienzan aquella faena únicamente sobreviven veintidós: el cuento se concentra en los veintidós hombres que aún no mueren, en los detalles de los delitos por los que fueron confinados a Quintana Roo y en la degradada convivencia a la que los superiores los obligan. Por su parte *Andrea*, redactado en 1906, es una historia que explora la vida de los hombres solteros en *Santa Cruz*. El personaje principal narra el enamoramiento de Andrea, una mujer que llegó con su marido al territorio y que paulatinamente se degrada física y espiritualmente. Andrea está en el centro del tráfico de víveres escamoteados a la tropa y del maltrato de un marido insensible y ambicioso. Focalizado también en una mujer, otro cuento de Dávalos, *Anita*, escrito en 1908, describe las transformaciones que los habitantes de la colonia penal experimentan: Anita es una joven mujer que decide seguir a su marido condenando injustamente al

destierro en Quintana Roo; en Santa Cruz, tanto ella como su marido sufren una especie de abandono de sus principios y convicciones que conduce a la muerte del esposo durante un ataque de los mayas y a la prostitución de ella en el campamento de Santa Cruz.

Huelguistas, escrito en 1907, es quizá el intento más importante de Dávalos por mostrar el perfil ideológico de algunos colonos que poblaron Santa Cruz de Bravo. *Huelguistas* es un trabajo de ficción basado en la amarga experiencia de los textileros de Río Blanco, Veracruz; un grupo de obreros que protestaron por las condiciones de trabajo y fueron asesinados por eso motivo, mientras muchos otros fueron castigados con el destierro a Quintana Roo. En *Huelguistas*, el narrador describe el arribo de los prisioneros a Santa Cruz en remesas quincenales: “La nueva carnada; la ración quincenal; la carretada de abono del Territorio estaba allí. La carne de paludismo importada ese día, ostentaba algo de característico. A diferencia de lo que siempre ocurre, el montón de harapientos instalados sobre los costales de harina, en el andén y techo de las plataformas, conservaba algo de común como si se tratase de una enorme parentela” (Dávalos, 1916: 58).

En Santa Cruz se extendió el rumor: la nueva remesa de prisioneros son los huelguistas que incendiaron fábricas y tiendas de raya en Río Blanco. Son quienes sobrevivieron a las balas del ejército; pero en su nuevo destino, el clima, las enfermedades y la mala alimentación los matará poco a poco. Y así sucede, aunque las licencias de la literatura permiten que el más anciano sobreviva, un viejo al que en la huelga le asesinaron tres hijos. El relato de ese hombre viejo, tanto como el general Bravo, se convierte en el centro de la historia de *Huelguistas*. No es la primera vez que en Santa Cruz reciben desterrados del régimen, dice el narrador de la historia: “... en

otra ocasión habíamos visto algo semejante: dos remesas enviadas en el año anterior por cuenta de un Estado; unos pobres diablos que pidieron el reparto de sus ejidos, y como un alto personaje tuviera interés en reservárselos, obtuvo del Ministro respectivo no tan sólo que no se repartiesen, sino que no volvieran los indígenas quejosos a hacer leña ni carbón en tales tierras. (...) A los pocos días venían camino del Territorio con sus actas simuladas de sorteo, para cubrir las bajas del Ejército” (Dávalos, 1916: 59).

En el relato de los mártires de Río Blanco, el anciano Fermín explica los motivos de la huelga, la participación de sus hijos, el asalto a las fábricas de textiles y las tiendas de raya; reconstruye vívidamente la muerte en masa de niños, mujeres y jóvenes durante el enfrentamiento con el ejército. El drama del anciano, a quien la muerte por paludismo, disentería o cansancio le es negada, es la fuerza dramática de este cuento de Dávalos. *Huelguistas* fue escrito el mismo año en que se reprimió la huelga de Río Blanco y Dávalos retornó varias veces el tema en su escritura literaria.

En *Está cerrado el puerto*, cuento fechado en 1907, Dávalos regresa al tema: “Y al volver la cabeza, nos encontramos con Maximino el *Trocilero*, uno de los huelguistas de Río Blanco. Estaba reducido a su última expresión: para esqueleto mismo, resultaba algo flaco. Sin dejarnos reponer de la sorpresa explicó: —Yo tomé la muda de ropa. Y agregó que nunca había robado, pero como sintió llegar la calentura, creyó fácil cogerla para ir con los turcos y empeñarla por cápsulas de quinina...” (Dávalos, 1915: 85-86).

Aunque la guerra de castas había concluido oficialmente, era común el ataque de los mayas al tren militar que hacía el trayecto de Vigía Chico a Santa Cruz. Varias historias de Marcelino Dávalos refieren esas escaramuzas. En *Anita*, un cuento de

1908, describe un ferrocarril lentísimo: "... llevábamos recorridos, en diez horas, cerca de cuarenta kilómetros. Esto parecerá extraño a muchos; no a cuantos tal vía conozcan." (Dávalos, 1915: 106). Explica cómo los mayas atacaban el ferrocarril: el blanco era la locomotora más que sus ocupantes, pero las primeras descargas de balas sobre el tren solían matar lo mismo a presidiarios y militares. Cuando un pasajero caía en sus manos era destrozado a golpe de machete: "Al doblar la curva, pude ver aún como torturaban a los infelices. Luego, detonaciones a lo lejos, y los indios se dispersaron en todas direcciones perdiéndose en el monte. Apreciamos su dispositivo de combate. Eran tres secciones de ellas, los mejores tiradores ocuparon las trincheras y una vez efectuada la descarga, los de armas defectuosas se lanzaron machete en mano, dejando a los otros sostener el fuego; otra recogía de seguro las armas y así se explica que el destacamento de la Central no encontrase una sola cuando vino en auxilio nuestro; la tercera de seguro se ocupa de recoger muertos y heridos, para atenderlos o enterrarlos dentro del monte. (Dávalos, 1916, 108). En *Nohbec*, relato escrito en 1908, Dávalos recoge la historia de la escalofriante muerte de un batallón de militares federales, aislados por los mayas en una aldea maderera de nombre Nohbec. Los militares, sin poder recibir auxilio de otros batallones, terminan encerrados por los mayas en el improvisado cuartel de la tropa en donde son quemados vivos.

Hasta aquí algunos relatos y obras teatrales de Marcelino Dávalos, alimentadas con lo que vio y escuchó en el territorio entre 1903 y 1914. La colonia penal quintanroense existió: personas llegaron al territorio por ser enemigos del régimen. Durante el breve periodo de Victoriano Huerta en la presidencia de México numerosos ciudadanos fueron desterrados al trópico; algunos partidarios de Francisco I. Madero vieron sus últimos días en Santa Cruz. La colonia penal se cerró y liberó a sus

prisioneros cuando la revolución mexicana se extendió a Yucatán. En 1915, el general revolucionario Salvador Alvarado entregó Santa Cruz a los mayas, sus antiguos dueños. Payo Obispo, en la desembocadura del río Hondo, se convirtió en la nueva capital del territorio. La tercera capital en menos de tres lustros de vida del naciente Quintana Roo. Alvarado trasladó barracas, reloj público, planta de energía eléctrica y población a Payo Obispo, desmontó todo lo que era útil. El tren que viajaba de Vigía Chico a Santa Cruz quedó abandonado por algún tiempo.

Fue en ese modo, porfiriano y revolucionario, en el que los desterrados y sus centinelas se mudaron a Payo Obispo. A tono con los nuevos tiempos de la Revolución, pero al viejo estilo de cuando Bravo trasladó la capital de campamento Vega a Santa Cruz. Ahora, en 1915, de Santa Cruz a Payo Obispo, en la frontera misma de México con Honduras Británica.

La frontera México-Belice en busca de autor.

Se puede decir que regiones como la frontera México-Belice buscan escritor. Ese conjunto de pueblos dispersos a lo largo del Río Hondo son una cantera para la narrativa literaria de fronteras y está a la espera del Marcelino Dávalos del siglo XXI. Un trazo panorámico de esa condición se dibuja cuando el lector recorre la narrativa literaria contemporánea vinculada al sureste mexicano: como si de los seis personajes imaginarios de Pirandello se tratara, que en la obra teatral del italiano reclaman autor, en Quintana Roo seis grandes temas, por lo menos, siguen esperando al narrador de ficciones: a) nuevas ciudades, b) pioneros y poblamiento, c) enfermedades del trópico, d) etnicidad y nuevas identidades, e) economía silvícola, f) historia regional. La escritura de ficción asociada al estado de Quintana Roo ha transcurrido por el cauce

de alguno de estos seis temas. En esa media docena de temas por los que fluye la prosa de intención literaria está también el potencial relato o el futuro universo novelesco que aún no se escribe.

a) *Nuevas ciudades*. Juan Villoro y su novela *Arrecife* (Anagrama, 2012), cuya acción se sitúa en el Caribe Mexicano, y Alfredo Elías Calles, con su novela *Playa del Carmen* (Punto de lectura, 2013), son un guiño al reciente mundo urbano en la región. Cancún y Playa del Carmen son ciudades nuevas, no alcanzan ni medio siglo de existencia, en las últimas dos décadas crecieron a un ritmo vertiginoso al impulso del desarrollo turístico. Todo puede suceder en escenarios como esos: la fantasía del hotel que ofrece a sus huéspedes emociones controladas de la novela de Villoro, o el crimen de la novela de Alfredo Elías Calles.

Como polo de desarrollo en el sureste, Cancún y Playa del Carmen son ciudades en constante redibujamiento. La futura construcción de un nuevo aeropuerto internacional en Tulum y la cercanía de una estación ferroviaria de un tren de alta velocidad que aún es proyecto, empuja a Tulum como la siguiente urbanización más importante del corredor turístico llamado Riviera Maya. La novela *Yucanrol* (Universidad Autónoma Metropolitana, 1992) de Conrado Roche, rememora un Tulum pueblo al que solían llegar los rockeros yucatecos a fumar marihuana. Los músicos que ahora pasan largas temporadas en Tulum vienen de las ciudades del mundo donde se afincaron los estudios de grabación que dominan las tendencias globales de la música. No llegan en destartalados automóviles por estrechos caminos ceñidos de vegetación ni pasan la noche en improvisadas habitaciones: Tulum ya no es el pueblo descrito en la novela *Yucanrol* y la marihuana ya tampoco es la droga de moda en el lugar.

Marca mundial en el negocio del turismo, la Riviera Maya con su infraestructura hotelera (más de 40 mil cuartos de hotel) y muelles de cruceros en Cozumel (los más transitados del país) es la geografía de un millonario trasiego de personas. Los narradores de ficción pueden encontrar en esa realidad de glamur y miseria sucesos que originan relatos, novelas, películas, cortometrajes y series televisivas.

b) Pioneros y poblamiento. Raúl A. Pérez Aguilar y su novela *Nómadas del sur* (Universidad Veracruzana, 2008) es un extenso trabajo de ficción que con la historia de una familia de pioneros en Chetumal reconstruye la saga de los pobladores en la frontera México-Belice. La novela de Raúl Pérez obtuvo mención honorífica en el prestigiado Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo, convocado por la Universidad Veracruzana. Héctor Aguilar Camín es otro chetumaleño que ha recreado para la narrativa de ficción el pasado poblacional de la actual capital de Quintana Roo: los primeros capítulos de la novela *El resplandor de la madera* (Alfaguara, 1999), así como dos relatos de *Historias conversadas* (Cal y Arena, 1992), *La muerte de Pedro Pérez* y *El regalo de Pedro Infante*, constituyen ejemplos esplendidos de narrativa que recrea el perfil poblacional de los habitantes de la frontera. Elvira Aguilar ha escrito distintos relatos ambientados en el viejo Payo Obispo, su más reciente libro de cuentos, *Cierro los ojos y te miro* (Ficticia Editorial, 2011), aún recurre a esos temas de su primera etapa como cuentista. Salvo por los tres Aguilar (Raúl, Héctor y Elvira), el tema está lejos de ser aprovechado por los nuevos escritores de literatura en la región.

El análisis de un solo género de escritura, los diarios de viaje, arroja múltiples posibilidades para la ficción con el tema de pioneros y poblamiento en la frontera México-Belice. Un lector atento a esa escritura íntima del viajero en su doble soledad

(la del viaje y la de la escritura) notará el iceberg de historias bajo la punta de un solo ejemplo. De los distintos diarios de viaje de quienes en el siglo XVIII recorrieron la región —un cartógrafo que propuso hacer el camino terrestre entre Mérida y Bacalar, Alejandro Joseph De Guelle, 1726; un ingeniero que reconstruyó y amplió el fuerte de Bacalar, Juan de Dios González, 1754; un militar comisionado para expulsar taladores ingleses, Rafael Llobet, 1790—, de sus informes se desprende una cascada de microhistorias para tejer relatos. Detengámonos brevemente en partes del diario de viaje menos conocido, el de Llobet, para ejemplificar lo que se afirma.

Comisionado por la autoridad colonial de Yucatán para supervisar los establecimientos británicos de la frontera, Rafael Llobet exploró en 1790 los ranchos, aldeas y pueblos de una región situada entre la laguna de Bacalar y el río Belice. Llobet acampó en el más remoto pueblo español de la región de los confines, en el fuerte de Bacalar, desde allí planeó sus incursiones hacia los campamentos de taladores de palo de tinte en la ribera del Río Hondo y en las zonas aledañas a los ríos Sibún y Belice. En la última década del siglo XVIII censó 2,997 pobladores en los establecimientos británicos que visitó. En los ríos Sibún y Belice vio numerosos cayucos (pequeñas embarcaciones de remos), que transportaban el abasto para los campamentos donde negros y pardos cortaban madera. El abasto era harina, vino, aguardiente, puerco salado y carne de res. Le fastidió la lentitud con que se navegaba por los ríos, aún las goletas (embarcaciones impulsadas por vela) debían someterse a la parsimonia de la navegación con remos, debido a los constantes retornos de los ríos y a los extensos brazos de los árboles en la ribera que impedían desplegar las velas de las naves mayores.

De todos modos, en aquellos sinuosos túneles de verdura aérea y agua dulce serpenteante pudo registrar a 97 propietarios ingleses de corte de madera. En su diario de viaje registró algo más: algunos parajes habitados únicamente por ancianos y lisiados, esclavos negros viejos e inútiles para el duro trabajo del corte y acarreo de madera que habían sido abandonados a su suerte. Aquellos pobladores desamparados se mantenían únicamente con plátanos, macales, yuca y otras raíces. En el diario de viaje del comisionado (extractado en Calderón Quijano, *Belice 1863-1821*, Universidad de Sevilla, 1944: 366-367) figuran las mercancías que se vendían en las tiendas: loza ordinaria, galletas, pólvora, perdigones, bretañas, sarazas, bastas, carne salada, navajas, agujas y candados, entre otras.

Para un ingeniero como Llobet no pasó desapercibido los materiales y arquitectura de las 102 casas y 36 chozas que existían en el mayor establecimiento británico de la desembocadura del río Belice. Las casas, anotó el comisionado, son construidas de amplios cuartos con armadura a escuadra. Las paredes, techos, suelos y divisiones se forman con tablas de pino. El techo es de cuatro aguas, construido con tablas pequeñas de un pie de largo, cinco pulgadas de ancho y cuatro líneas de grueso. Las tablas se sacan del tronco de la palma real y al formar el techo se sobrecargan unas en otras. Las chozas en cambio están elaboradas con estacas en bruto, colocadas de manera tangente unas con otras, y cubiertas con palma. Pudo notar que generalmente la distribución al interior de las viviendas consistía de una pequeña sala con dos alcobas pequeñas en las cabeceras. Le pareció que lo más importante de estas tres piezas era el corredor delantero, pues la mayor parte del año los moradores de las casas de madera recibían el aire fresco y las visitas en ese pórtico. Un detalle más

atrajo la atención de Llobet, la liberalidad de los colonos británicos para elegir los colores de las casas.

Un siglo después ese modelo de vivienda cruzó el Río Hondo para establecerse en el lado mexicano, en un sitio llamado Payo Obispo, una aldea recién inventada en 1898 para erigirse en aduana del gobierno mexicano. Pero las casas de madera descritas por Llobet llegaron a la bahía de Chetumal con un elemento moderno: láminas de zinc para el techo, una cubierta metálica pintada de rojo en el lugar donde antes se alineaban las pequeñas tablas sacadas de la palma real.

No es mero lenguaje metafórico afirmar que las casas británicas de madera que describió Llobet cruzaron el Río Hondo como una alegoría para comunicar que el origen de la arquitectura de madera, tan característica del viejo Chetumal, vino de Belice. En realidad es una afirmación en sentido literal porque, efectivamente, varios de los pioneros de Payo Obispo procedentes de Honduras Británica desarmaron sus casas de madera en el lado inglés y la transportaron a lomo de cayuco para la aldea mexicana. El conocido caso de Valeriano Córdoba, quien desarmó su casa de madera y zinc que tenía en Sarteneja, donde residía, y la volvió a armar en la esquina occidental de las calles 2 de abril y 22 de marzo del recién nacido Payo Obispo es apenas un caso documentado de lo que ocurrió a lo largo de los primeros años de formación de pueblos en la frontera mexicana del Río Hondo.

c) *Enfermedades del tropico*. Bernardino Mena Brito publicó en 1940 *Paludismo*, una novela de la revolución mexicana en el sureste. El trabajo de Mena Brito lleva el nombre de la ubicua enfermedad que diezmaba lo mismo a los soldados federales que a los chicleros, a los taladores de madera y a todo grupo de pioneros que vinieron en aquellos años a Quintana Roo. En este caso el título tiene que ver más

con el estado de salud del narrador que relata sus experiencias de trashumancia en la selva que con el asunto central de la novela. Sin embargo, la salud como tema general es otro de los canales por los que transita la narrativa de ficción de Quintana Roo.

La salud no es una variable menor en la región. Define en gran medida el éxito o fracaso de los proyectos que se emprenden en el área. Basta recordar que la primera etapa del proyecto francés del canal de Panamá fracasó en gran medida por las muertes de malaria de directivos y trabajadores en el canal: la experiencia y el prestigio de Ferdinand Lesseps en el canal de Suez no pudieron hacer mucho contra una enfermedad tropical cuando dirigió los trabajos del nuevo canal en Centroamérica. En Quintana Roo sucedió lo mismo con los proyectos militares de pacificación de indios, con los proyectos de poblamiento en lugares selváticos y en islas, con los proyectos económicos derivados de la silvicultura, en el establecimiento de escuelas rurales. De la malaria a la gripe aviar, que casi hace colapsar la economía turística de Quintana Roo, hay un campo inmenso para la ficción, para los relatos donde la salud es personaje invisible pero ubicuo.

d) *Etnicidad y nuevas identidades*. En el debatido tema de la identidad, el mestizaje iniciado por Gonzalo Guerrero es probablemente uno de los asuntos más sobresalientes para los narradores de ficción ligados a temas de Quintana Roo. La vida novelada de *Gonzalo Guerrero* (Planeta, 2012), escrita por Eugenio Aguirre y editada múltiples veces, es quizá la novela más conocida en México sobre el naufrago español del siglo XVI que fue capturado por los mayas en los alrededores de la costa de Tulum. Gonzalo se casó con mujer india, tuvo hijos y luchó como capitán maya contra los españoles durante las guerras de conquista ibérica en Yucatán.

Con éxito editorial, otros autores han ensayado novelar la vida del héroe local del mestizaje. Francis Pisani y su *Huracán corazón del cielo* (Joaquín Mortiz, 1992) es una ficción bien documentada que incluyó recorridos extensos por la región y que sin embargo no son visibles en el fino tejido de una novela en donde Gonzalo Guerrero, muerto, habla desde algún lugar del más allá para recordar su vida entre los mayas. El propio Carlos Fuentes, a quien la Universidad de Quintana Roo otorgó un doctorado *honoris causa* en 2009, seducido con la vida del otro náufrago, compañero de Gonzalo Guerrero, Jerónimo de Aguilar, redactó un largo relato consagrado a la vida de Aguilar y a su papel como traductor de Cortés. El texto se titula *Las dos orillas* y es parte del libro *El naranjo o los círculos del tiempo* (Alfaguara, 1993).

En el ámbito de la literatura se registran trabajos sorprendentes con el tema de Gonzalo Guerrero. Recientemente se publicó un extenso poema en latín que versifica la saga del español en tierras mayas, el de Francisco José Cabrera denominado *Gonzalo Guerrero y Malintzin* (Universidad Nacional Autónoma de México, 2010), la versión al español es de Tarsicio Herrera. Y antes, se publicó un supuesto diario de Gonzalo Guerrero, transcrito por un fraile del siglo XVII: *Historias de la conquista del Mayab, 1511-1697* (Universidad Autónoma de Yucatán, 1997). Si creíamos que la producción poética neolatina estaba fuera de nuestro tiempo, nos equivocamos, solo tenemos que revisar el trabajo de José Francisco Cabrera. Y si pensábamos que varios siglos de muerto eran suficientes para enterrar la memoria de Gonzalo Guerrero, únicamente hay que leer la paleografía del supuesto diario de Gonzalo hecha diligentemente por Gabriela Solís y Pedro Bracamonte.

Llama la atención no encontrar narraciones literarias alrededor de los mayas actuales de Quintana Roo, salvo *El grillo crepuscular* (*Cuentos del camino*, Universidad

Autónoma de Sinaloa, 1979) de Juan de la Cabada, cuyos sucesos se desarrollan en Chumpom. Encontrar muestras de narrativa de ficción en la que figuren los mayas contemporáneos no es fácil. De los cinco siglos de hispanización, la literatura se ha ocupado casi exclusivamente de dos siglos, el XVI con Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, y el XIX con Cecilio Chi y Jacinto Pat. Los demás siglos fulguran como un vasto océano marino de la literatura quintanarroense, están a la espera del escritor de ficción. Por fortuna los historiadores, antropólogos y arqueólogos han escrito lo suficiente sobre el tema, gracias a su trabajo es más fácil entender las limitaciones y rezagos del trabajo literario en la recreación de la etnicidad y las nuevas identidades durante cinco siglos, así como la ausencia del maya contemporáneo en los relatos de ficción modernos.

El profesor universitario de lengua maya, Daniel Gómez Navarrete, es el autor de la novela *Cecilio Chi* (Instituto Quintanarroense de la Cultura, 2003), la versión más reciente del jefe maya que inició la sublevación de 1847. Sin embargo quedan fuera de la ficción literaria un numeroso grupo de líderes rebeldes que va desde Bernardino Ken en el siglo XIX hasta Francisco May, pasando por Concepción Cituk y la sacerdotisa de Tulum, María Cahuich. La reciente biografía de Bernardino Cen, escrita por Paul Sullivan, *¿Por qué lucharon los mayas? Vida y muerte de Bernardino Cen* (Universidad de Quintana Roo, 1998) muestra hasta qué punto el trabajo literario ha quedado rezagado.

e) *Economía silvícola*. La producción chiclera del pasado recreada desde la novela, puede encontrarse en Luis Rosado Vega, en *Claudio Martín, la vida de un chiclero* (1938): la saga de Claudio Martín es la saga del chicle en la selva quintanarroense. Un narrador local contemporáneo retomó el tema y publicó otra

extensa novela sobre la vida de los chicleros, el autor es Primitivo Alonso Alcocer y su texto de ficción se llama *La tierra disputada* (Instituto Quintanarroense de la Cultura, 2003). La larga novela de Alonso desgrana la vida cotidiana en los hatos chicleros de la selva quintanarroense.

f) *Historia regional*. Las novelas del siglo XIX sobre la guerra de castas no agotaron el tema. Recientemente, Hernán Lara Zavala volvió sobre el asunto y redactó una prolija narración, *Península, península* (Alfaguara, 2008): la novela le valió el premio 2010 de la Academia Española de la lengua. Silvia Molina ha hecho lo propio en su novela *Ascensión Tun* (ECO, 1993) con el material histórico de la Guerra de Castas y la visita de Carlota a Yucatán. Ambas propuestas narrativas muestran que los temas y personajes de la guerra indígena decimonónica no se quedaron en el pasado. Pero es justo en este tema, el de la historia regional, donde subyace una gran veta para la literatura de Quintana Roo.